

Cristo y la Cultura

22

La Iglesia y la crisis cultural

LA IGLESIA Y LA CRISIS CULTURAL

A comienzos del siglo XX, Max Weber publicó “La ética protestante y el espíritu del capitalismo”, un libro en el que conectaba la Reforma con el modelo capitalista propio de la modernidad. Weber señaló que la disciplina, el ahorro y la honestidad que promovieron los reformadores se complementaban muy bien con la dedicación al trabajo y la acumulación que sirven a los fines del capitalismo.

Siguiendo su ejemplo, muchos estudiosos han reconocido que el nacimiento del protestantismo está enmarcado en una serie de procesos históricos que definieron el curso de los siglos siguientes: la cultura del humanismo, el fortalecimiento del modelo capitalista por encima del modelo feudal y la gestación del Estado moderno.

Todos estos elementos ponen la base de lo que conocemos como modernidad. ¿Qué significa esto? Que la iglesia protestante y la modernidad nacen juntas. Algunos sugieren que la modernidad es hija del espíritu contestatario de los reformadores y otros que la Reforma es uno de los primeros brotes de la modernidad. Pero no importa si fue primero el huevo o la gallina: de cualquier manera, modernidad y protestantismo han caminado de la mano desde el principio.

Y lo cierto es que, después de tantos siglos de modernidad, hasta la iglesia católica, fuertemente anclada en estructuras medievales, se rindió ante su influencia. A pesar de las diferencias teológicas y formales, católicos y protestantes hemos sucumbido ante el modelo de la modernidad, «el cristianismo –reconoce In Sik Hong– se ha presentado (y aun se presenta) mayoritariamente como un hijo de la modernidad»

No es fácil tomar conciencia de los límites y motivaciones de la propia cultura, nuestra cosmovisión es transparente, muy difícil de detectar, pero influye en nuestra percepción de todo lo demás. La iglesia de todas las épocas ha intentado conciliar la revelación que Dios ofreció al mundo en la persona de Cristo con su propia cultura.

Nuestro conocimiento de Dios nunca está exento de la influencia del contexto, en alguna medida, siempre existe cierto nivel de sincretismo entre nuestra fe y nuestro entorno. Por mucho tiempo, la iglesia pudo acomodar su imagen de Dios al ideal de la modernidad, y predicó un Dios que se conoce de manera racional y está a favor de la democracia y el capitalismo. La iglesia aceptó con toda credulidad las conclusiones de la utopía moderna, y por eso justificó una serie de prácticas que hoy consideramos inaceptables.

La conquista de América y el colonialismo posterior se justificaron en la necesidad que tenían los salvajes de ser evangelizados. Muchos defendieron el modelo esclavista mediante la excusa de que los esclavos no eran personas sino animales que necesitaban tutela espiritual. El asesinato de presuntos brujos y brujas era fundamentado como una defensa de los valores de la sociedad cristiana. Solo algunos cuestionaban las desigualdades sociales y económicas porque, a fin de cuentas, Dios premia al que se lo merece y si alguien es pobre debe ser por algo.

Pocos creyentes alzaron su voz contra la persecución de los comunistas a mediados del siglo pasado porque la “amenaza roja” representaba una crítica a dos instituciones esenciales de la modernidad: el capitalismo y la democracia. La relación entre el paradigma moderno y el modelo actual de la iglesia es tan estrecha que cuesta diferenciar muchas de sus manifestaciones. La modernidad prometió ser el último escalón del ascenso humano y por eso, cuando la ilusión fracasó, la caída fue terrible. El Titanic de la modernidad chocó de frente contra el iceberg de su propio ego.

Cuando la modernidad entró en crisis, la iglesia se encontró en problemas. José González Ruiz dijo que si los cristianos «descendemos al mercado, donde los humanismos compiten, con nuestro modelo predeterminado, no debemos quejarnos de que nuestra mercancía quede ligada a las eventualidades de tal mercado». Las raíces que conectan a la iglesia con la modernidad son tan profundas que pareciera que ya no puede existir un cristianismo real en un mundo como este. Nos sentimos como esos monjes que tenían que huir al desierto porque sentían que quedarse en la ciudad significaba morir o negar la fe.

•LA DECEPCIÓN DE LAS UTOPÍAS Y ¿EL FIN DE LA HISTORIA?

Leonor Arfuch define posmodernidad como “la pérdida de certezas, la difuminación de verdades y valores unívocos, la percepción nítida de un decisivo descentramiento del sujeto, de la diversidad de los mundos de vida, las identidades y subjetividades” .

Todo lo sólido se desvanece en el aire. Los cimientos de antaño no son más que un recuerdo lleno de nostalgia por la inocencia perdida. Las películas, los libros y las canciones repiten una y otra vez este sentimiento angustiante: nos tomaron el pelo.

Durante mucho tiempo nos vendieron una gran mentira y hoy nos toca lidiar con los escombros:

- Nos mintió la Ilustración cuando dijo que la razón nos ayudaría a correr el velo de la verdad. Un famoso aforismo de Hegel dice que “todo lo racional es real y todo lo real es racional”, pero aunque estamos desbordados de información, conocimiento y técnica, el mundo sigue siendo un lugar misterioso y lleno de azar.

- Nos mintió la ciencia cuando prometió que la tecnología serviría para construir una sociedad más justa, los campos de concentración y la bomba atómica nos demostraron que la tecnología puede despertar en nosotros los instintos más terribles.
- Nos mintió la teleología del progreso eterno, el mundo es un caos sin sentido y nuestra sociedad se parece a un avión en caída libre.
- Nos mintieron el modelo democrático y el sistema capitalista, ni el voto universal ni el libre comercio han solucionado el problema de la injusticia. La brecha entre ricos y pobres crece constantemente, las clases políticas han encontrado formas cada vez más sofisticadas de salirse con la suya y nuestros niveles de consumo están amenazando seriamente la supervivencia de nuestra especie en este planeta.

Recuperando la sombría sentencia de Fukuyama, pareciera que estamos en el fin de la historia. Están muriendo las utopías y por eso todo lo que queda es hedonismo: vivir al máximo mientras dure la experiencia, «las emociones cambiantes constituyen nuestro credo sin principios, nuestro sistema filosófico sin filosofía».

La desaparición de los grandes relatos significa también que cada vez es más difícil comunicarse. Aunque tenemos apps que traducen en tiempo real, muchísimo material sobre la sanidad del alma, cursos para manejar la ira y un sinfín de posibilidades de comunicación a un clic de distancia, no logramos conectarnos con los demás.

No hay ningún modelo más allá del que cada uno tiene en su propia mente y por eso las parejas se separan como nunca antes y las relaciones tienden a ser fugaces y superficiales.

El ideal de libertad destruyó la utopía de la fraternidad. En el siglo V antes de Cristo, el sofista Protágoras declaró que el hombre es la medida de todas las cosas. Los artistas del Renacimiento se sirvieron de ese concepto para sostener que «el hombre» en cuanto especie es el parámetro que debe definir todas las cosas, en este contexto, la frase del sofista fue una ruptura con el ideal religioso medieval y una afirmación de la emancipación de la humanidad frente a Dios.

La posmodernidad aplica la frase de Protágoras en un sentido más específico: cada ser humano es la medida de todas las cosas, cada individuo elige sus propios parámetros y verdades. Lo individual eclipsa a lo colectivo. La diversidad no deja mucho espacio para la coherencia. Todo está mezclado en el campo de los discursos. Las verdades son híbridas y se construyen minuto a minuto con trocitos de otras verdades. El cambio es imposible.

No hay utopías que nos den la fuerza para intentarlo y, si las hubiera, seguro nos traicionarían como ya lo hicieron otras ilusiones antes. Hemos matado a Dios y, como dijo Sartre, «todo está permitido si Dios no existe». Ahora nos toca vivir con el espacio vacío.

¿ES POSIBLE UNA IGLESIA «POSMODERNA»?

La visión fatalista (y un poco exagerada) de los párrafos anteriores es solo una parte de la historia, es, en palabras de María Cristina Pons, la vertiente negativa de la posmodernidad. Otros pensadores, como Mempo Giardinelli, piensan que la posmodernidad es una crisis natural que acompaña la maduración de los ideales modernos, desde este punto de vista, es más una metamorfosis que un apocalipsis.

Umberto Eco hace una distinción muy útil que resume estas tendencias: en un extremo están los apocalípticos, que predicán el fin de la historia y la destrucción de todos los valores, y en el otro se encuentran los integrados, que reciben el cambio con absoluta esperanza y confían ciegamente en que la ética posmoderna es la revelación definitiva. Lo cierto es que la desconfianza en la validez de los grandes relatos es también una actitud profundamente cristiana: **es una protesta contra la idolatría de adorar proyectos humanos.**

Se me ocurre pensar que es Dios mismo quien despierta estos giros bruscos de la historia para sacudir nuestra fe y volver nuestros ojos a Él.

Cuando todo cambia y nos encontramos desnudos ante un mundo caótico, estamos en una posición mucho más adecuada para destruir los dioses que creamos a nuestra imagen y semejanza. Es allí donde conocemos al Dios desconocido, a ese que tenemos miedo de descubrir. Hegel dijo que «cada uno es, sin más, hijo de su tiempo».

La iglesia de hoy no puede seguir anclada a los argumentos, rituales, formas y estrategias que le sirvieron en un tiempo pasado. **Nuestra confianza no está puesta en ninguna de esas cosas sino en nuestro Señor Jesús, Él es el único que venció a la muerte y puede seguir venciendo las consecuencias del desgaste y el paso del tiempo.** Es a este mundo y no a otro al que la iglesia debe dirigirse.

No podemos escaparnos del tiempo. Quizá sería un poco más fácil quedarse con un extremo del péndulo: defender el paradigma posmoderno como si fuera la solución a todos nuestros problemas o, por el contrario, atacarlo con toda nuestra artillería e identificarlo con Satanás mismo.

La posmodernidad no debería ser nuestra enemiga, aunque tampoco nos conviene caer en el error de nuestros antecesores y afirmar ingenuamente que el modelo posmoderno es el mejor modo de ser iglesia. Lo verdaderamente difícil es encontrar respuestas que no sean reduccionistas sino fieles tanto al mensaje como a las necesidades, que no negocien la verdad pero que tampoco la formulen en un idioma extraño.

El objetivo de este curso es justamente buscar ese equilibrio extravagante. Vamos a intentar no poner nuestra esperanza en el respeto que generan las viejas definiciones ni en la fascinación de los nuevos espejismos. Vamos a intentar analizar los paradigmas previos y actuales con la esperanza de que, en algún lugar de ese recorrido, encontramos el ancla que necesitamos.

La iglesia es una peregrina inusual de la historia y siempre ha tenido dificultades para asimilar los cambios. Aunque algunas veces hemos estado a la vanguardia del cambio –pienso por ejemplo en la revolución moral que representó para su tiempo la iglesia primitiva, pienso en la agitación que significó la Reforma y en el pacifismo de los anabaptistas–, lo cierto es que a menudo llegamos tarde y mutamos por ósmosis cuando el mundo ya está cambiando otra vez.

Duele reconocer que el mundo ve a la iglesia como una solución anticuada a problemas que ya no existen.

Los evangelios de Juan y de Lucas relatan la venida de Cristo al mundo de dos maneras totalmente diferentes. Juan relata la irrupción de Dios en la historia de manera espiritual: el mismo Verbo que estuvo en el principio con Dios creando todas las cosas, se hizo carne y habitó entre nosotros.

Cristo y la Cultura

Clase 22: La Iglesia y la crisis cultural

Lucas prefiere un tono más contundente, violento y lleno de interrogantes: *“En esos días, Augusto, el emperador de Roma, decretó que se hiciera un censo en todo el Imperio Romano (este fue el primer censo que se hizo cuando Cirenio era gobernador de Siria). Todos regresaron a los pueblos de sus antepasados a fin de inscribirse para el censo. Como José era descendiente del rey David, tuvo que ir a Belén de Judea, el antiguo hogar de David. Viajó hacia allí desde la aldea de Nazaret de Galilea. Llevó consigo a María, su prometida, cuyo embarazo ya estaba avanzado. Mientras estaban allí, llegó el momento para que naciera el bebé. María dio a luz a su primer hijo, un varón. Lo envolvió en tiras de tela y lo acostó en un pesebre, porque no había alojamiento disponible para ellos (Lucas 2:1-7).*

Los dos evangelistas quieren expresar la misma verdad de la fe, la encarnación de Cristo, pero Lucas siente que antes de decir nada al respecto del Mesías, necesita situarlo en el tiempo y espacio: una pequeña aldea dentro del Imperio Romano durante el reinado de Augusto. Si Juan se anima a decir que el Verbo se hizo carne, Lucas está afirmando que Cristo se hizo histórico.

En Cristo, Dios llevó al extremo el compromiso que había mostrado a lo largo de la historia de Israel.

En Egipto había soportado la codicia de un faraón al que fácilmente podría haber exterminado.

En Jericó había acompañado día tras día los pasos del pueblo alrededor de una muralla de barro y ladrillos.

En el templo de Jerusalén había aceptado las oraciones y sacrificios de un pueblo ritualista aunque ninguna pared puede contenerlo.

Cristo y la Cultura

Clase 22: La Iglesia y la crisis cultural

A diferencia de las divinidades griegas, el Dios de la Biblia participa de la historia de su pueblo y está dispuesto a involucrarse de la forma más brutal: metiéndose en el tiempo que Él mismo creó. **Si somos discípulos del Dios que se hizo carne, lo menos que podemos hacer es encarnarnos en nuestra realidad.** Encarnarse es vivir en el tiempo y comprometerse hasta la médula con la cultura que nos rodea, al igual que Jesús se involucró por más de treinta años con la cultura de su pueblo.

Si el cristianismo es solo una teoría sobre el mundo, no se diferencia en mucho de todas las otras interpretaciones de la realidad. **La fe cristiana se convierte en otra cosa, en una fuerza incontenible, cuando sigue los pasos del Maestro y se encarna en la realidad.** Es allí donde descubrimos al Dios de la historia.

Cuando los fundamentos de la ley y del orden se desmoronan, ¿qué pueden hacer los justos? Salmo 11:3